

¡BIENVENIDAS, ANGULAS!

Han llegado, como todos los años, las blanquecinas angulas. Las sentimos crepitar en el aceite hirviente, hostigadas por la guindilla rojiza, en el fondo de las tarteritas de barro.

Siempre, cuando los bosques terrestres, se ufanan con la hartura de la castaña, del mayor bosque marino del mundo, el Mar de los Sargazos, recibimos esta visita sabrosa y gentil, de los menudos leptocéfalos. Son tan leales a nosotros, que no les arredran miles de millas de distancia, ni el sacrificio de someterse a una andadura de tres años, desde la fase ovular y prelarvaria, hasta la forma filamentada y post-larvaria en que vienen a nuestra mesa.

Es un pez tan inocente, tan... sin escamas, que no se atreve a jugar con nosotros, como la sardina. No se esconde... más que de la luz solar, sin duda para no descomponer con sus densas manchas la transparencia tradicional de nuestros ríos. Solo de noche, como dicen nuestros miñotos, "corre o meixón", palabra ésta con que la ternura gallega, no menos tradicional, recibe a los infantiles huéspedes de nuestros cursos fluviales. Unos huéspedes, tan respetuosos con los compromisos seculares, tan cariñosos con su tierra de adopción, tan "meigos"...

Las que suelen escapar del cedazo molineril o de la "abentoa" de los anguleros profesionales, llevan después entre nosotros una vida bastante plácida. Allá van río arriba, hasta las lagunas y las fuentes, adquiriendo músculo, grasa y color, ellas que llegaron ahiladas y transparentes. Allá van, con la luna brillando sobre el agua, por los líquidos caminos que cinco o seis años después han de recorrer de nuevo, en sentido contrario, hacia el bosque de los argazos y las laminarias, en el centro de la Gulf Stream, que hace de ombligo del Océano Atlántico.

Cuando regresan a la mar, disfrutan el verdadero desfile del amor. La misma lealtad que demostraron a la tierra adoptiva, la observan en su relación sexual. No hay animal más monogámico que la anguila, ni otro que realice un viaje nupcial tan prolongado y fabuloso, sin demostrar aburrimiento.

Posiblemente, toda esta novelesca vida de los minúsculos visitantes, la desconocen los que trafican con sus delicados cuerpos, los que las cobran a peso de oro y los que las saborean con gula en torno a un mantel bordado. Ellos, posiblemente, hasta serán capaces de reprocharles su ausencia durante los meses calientes, en los que tan costosos menús se podrían componer en las playas de moda y en los suntuosos comedores para turistas del dólar, a costa de las deliciosas angulas andariegas.

Nosotros, en cambio, no tenemos nada que reprocharles. Nos limitamos a celebrar su presencia y les brindamos nuestra mano generosa.

¡Bienvenidas, angulas!

MAREIRO